

SOLEMNIDAD DE LA NATIVIDAD DE LA VIRGEN MARÍA
Homilía del P. Ignasi M. Fossas, prior de Montserrat
8 de septiembre de 2016
MiQ 5, 1-4a / Sal 12, 6ab. 6cd / Rom 8, 28-30 / Mt 1, 1-16.18-23

Las fiestas de la Virgen y de los santos las podemos considerar como variantes de las fiestas del Señor. Quiero decir que, a lo largo del año litúrgico, siempre conmemoramos lo mismo: la pasión, muerte, resurrección y ascensión del Señor Jesucristo, mientras esperamos que vuelva, al fin del mundo, para establecer su reinado, y la realización del Reino en los santos. En el caso de la Virgen, celebramos que en María de Nazaret, Madre de misericordia, se ha cumplido plenamente el plan de salvación que nos viene por Jesús. Ella es la discípula por excelencia, por eso es imagen de la Iglesia, es Madre amable y admirable y la liturgia se complace en celebrar con gozosa solemnidad toda su vida, desde la concepción inmaculada hasta la asunción en cuerpo y alma al cielo, pasando por su Maternidad Divina y por su nacimiento, que es lo que celebramos hoy. Todo en la Virgen hace referencia a su hijo Jesús, que es el Hijo de Dios hecho hombre. Por eso el evangelio de hoy contiene la genealogía del Mesías y la forma en que éste vino al mundo.

La fiesta de hoy recibe el nombre, también, de fiesta "de las Vírgenes encontradas", porque es la titular de muchos santuarios marianos que sitúan su origen en el hallazgo de una imagen de Santa María. También es el caso de Montserrat. La leyenda, que es como la poesía de la historia, y que encontramos representada en los grandes cuadros del registro superior del ábside, en los dos extremos, la leyenda, decía, nos habla de unos niños que ven una luz en una cueva de la montaña; esto pasaba siempre en sábado, que es el día litúrgicamente dedicado a la Virgen. Los niños se acercaron a la cueva y encontraron una imagen de Santa María. Advirtieron a los padres que avisaron al párroco y este último al obispo, y organizaron una procesión solemne para trasladar la imagen al núcleo habitado más cercano. Pero resulta que cuando la procesión pasaba por el lugar donde está el santuario, la imagen se hizo cada vez más pesada, hasta el punto que fue imposible moverla de lugar. La buena gente de aquel tiempo entendió enseguida lo que quería decir esto: la Virgen quería que le edificaran una capilla en medio de esta montaña de Montserrat. Ya tenemos, pues, la leyenda.

No es difícil hacer una aplicación a nuestra vida. Si aún no nos ha pasado, puede que un día descubrimos una luz intensa en algún rincón de nuestro interior. Si prestamos atención y nos acercamos, puede ocurrir que encontremos en algún rincón de difícil acceso, a veces al fondo de una herida de la vida, la presencia de la Virgen. La compañía silenciosa de una mujer que nos presenta a su Hijo y nos lo ofrece como el Salvador, como la Sabiduría de Dios, como el que es el camino, la verdad y la vida. No nos asustemos si nos pasa esto. Dejémosle acompañar por esta presencia; es más, hagámosle espacio dentro de nosotros, construyámosle una vivienda interior donde pueda hacerse presente su Hijo Jesucristo.

Será una presencia liberadora. No sólo no se nos hará pesada, sino que nos hará más ligeros para caminar en la peregrinación de la vida; nos dará alas para despegar a las cumbres del amor, de la misericordia, del perdón; nos sostendrá en los momentos de dificultad; nos dará firmeza en la tentación y *nos traerá un aumento de paz.*

Desde hoy hasta el comienzo del Adviento, la liturgia romana termina la jornada con una oración muy antigua dirigida a la Virgen, que podemos hacer bien nuestra para terminar. Dice así:

Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios; no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades; antes bien, líbranos de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita. Amén.